

GACETA DEL ÁNGEL

Trayecto Insomne

GERMÁN DEHESA



A las cuatro de la mañana de la noche que fue del martes 28 al miércoles 29 de abril, en la Ciudad de México y más precisamente en mi recámara hacía un calor pegostoso y demencial. Minutos antes, su Charro Negro que tenía que despertarse antes de las siete de la mañana para llegar al Instituto Nacional de Nutrición, había apagado la luz e intentaba conciliar el sueño. Nunca lo logré. El calor era muy similar al de los dramas tropicales de Juan Orol. Ahorita va a aparecer Rosa Carmina con su greñota y meneando el bote a máxima velocidad que es lo propio de la danza africana. Reconozco que esa posibilidad me llenó de terror. Estoy seguro de que hubiera hecho un pésimo papel y aterido del miedo volví a encender las luces y desde ese punto hasta las siete no volví a hacer el menor esfuerzo por dormir.

Minutos antes de las ocho de la mañana Pancho, la Rosachiva y quien esto escribe irrumpíamos en la calle contigua a Nutrición. No saben. Para todo había colas inmensas y el abigarrado conjunto de aztecas dolientes era paradójicamente un espectáculo de enorme vitalidad. Porque también había puestos de jugos rodantes, sitio de taxis, un batallón de jóvenes vestidos de blanco que subía y bajaba por entre las colas tratando de conseguir clientela para la epidemia: ¿no ha tenido tos últimamente?, ¿fiebres muy altas?... y el tumulto se movía como animal multicolor con muletas, sillas

de ruedas, cubrebocas y vendajes de toda laya. ¡Que no es aquí!, ¡que la cola es la de allá! y ahí te vamos los hijos de María Morales a ganar algún lugar en la nueva formación que serpenteaba por toda la calle.

Con sorprendente facilidad y sin mucha pérdida de tiempo, fui admitido en el templo de la salud. La Rosachiva tomó por su cuenta la expedición y conforme íbamos y veníamos yo recordaba aquel viejo canto religioso que se estilaba en Zacatecas: "Ya lo sacan, ya lo meten, ya lo llevan p'al corral; ya le llagan sus espaldas y su santo costillar. ¡Probe, probe del Señor!". Así me traía. Mentiría si les digo que tengo un recuerdo fiel de cuántos análisis y pruebas me fueron aplicadas. Creo que lo único que no me hicieron fue el Papanicolau. Me picaron, me observaron, me sacaron sangre, sudor y radiografías. Ya me estaba yo queriendo volver loco. La eficiencia y la higiene con las que se trabaja en ese lugar son admirables. Don Germán: necesitamos que se quite toda la ropa y que se ponga esta batita, me dijo una señorita muy ducha. Por siempre recordaré su cara cuando me empecé a encucrar frente a su real presencia: pe, pero se, señor Dehesa, yo lo iba a llevar a unos vestidores. Ya qué más da, señorita, ya vengo envuelto y no tengo por qué privarla de una satisfacción tan grande. Ella todavía quiso decir algo, pero yo ya tenía puesta mi batita y traía bajo el hombro mi tambache de ropa. Lo dejé en un casillero que la señorita me indicó y mi exhaustivo reconocimiento médico prosiguió. Que ahora póngase de ladito, ahora de fren-

te; ahora pegue muy bien su pecho a esta placa para que le saque una radiografía de sus pulmones, cuento hasta tres y usted aguanta la respiración... ¿qué pasó con el pecho, péguelo muy bien?, ¿y la panza dónde la acomodó?... No, pues eso sí, bueno, pegue lo que pueda y aguante la respiración. Ahora vamos al ultrasonido y al ecocardiograma. Recuerden que yo venía de haber pasado la noche en blanco y eso coadyuvó a que yo llegara a un punto en que ya no sabía si estaba soñando una pesadilla clínica, o en verdad me estaban haciendo todo eso. Creo que la segunda es la respuesta correcta. Y si no, ni modo. Yo necesito dormir, así es que, amados lectores, ahí se ven.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXL (1540)

Necesito que alguien me cuente que Manlio Fabio amaneció con mucha tos.

Cualquier correspondencia con esta columna hospitalaria, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

